

COMENTARIO A LA PONENCIA DEL SEÑOR RAFAEL VALDIVIESO

por MARIA JOSE LECAROS*

Ayer se nos proponía —con argumentos teóricos— aceptar el fenómeno de la desinformación no como una simple impresión o sentimiento, sino como una realidad.

Hoy, el planteamiento de Rafael Valdivieso ubica el tema de la desinformación en una dimensión política: Una acción que —planificada y desarrollada por la URSS y los países satélites— ve en “el otro” a un enemigo que es necesario combatir.

Le otorga a la desinformación un carácter ideológico específico; apunta las razones por las cuales ella logra su objetivo —adhesión ideológica, debilidad de carácter, interés material o, más crudamente, el puro y simple halago—, y finalmente enumera los coadyuvantes, interesados o no, del proceso desinformativo que serían los investigadores, las instituciones “privadas” y la prensa.

Señala los efectos dramáticos de esta acción en las personas diciendo que los “acontecimientos sucedidos o provocados llegan confundidos al destinatario, emparejándose todo: causas, consignas, actitudes, circunstancias, etc., para satisfacción de quién o quiénes orquestaron el conjunto, en favor de sus particulares propósitos”.

En síntesis, las personas pierden su capacidad e independencia de juicio.

Cuando este fenómeno así descrito se integra a las comunicaciones, Rafael Valdivieso dirá que inserta en ellas una serie de elementos perversos que sólo pueden conducir a la incomprensión y al conflicto entre los pueblos. Y en este sentido, afirma, constituyen un atentado contra la ética periodística.

Es este último desafío el que me corresponde asumir hoy: analizar —desde la información— el desafío ético que plantea la desinformación. Esto exige desandar camino y comenzar definiendo el rol propio de los sistemas informativos.

Para la acción desinformativa —y los ejemplos que recién se nos han dado son elocuentes— el sistema informativo no es más que un instrumento que se utiliza para apoyar el partido o el grupo en el poder y para atacar todo interés contrario a éste. La desinformación es un arma política o, utilizando las palabras de Rafael Valdivieso, una “ofensiva sin armas, pero mortal”.

En primer lugar quisiera matizar que esta ofensiva, desgraciadamente, no se circunscribe a la acción soviética. La realidad de la desinformación no sólo se da en el totalitarismo de la URSS, sino también en ciertas democracias occidentales que, aunque parcialmente y sin la ideologización

* MARIA JOSE LECAROS: Periodista con Postgrado en la Universidad de Navarra. Profesora de Etica Periodística y Jefa del Departamento de Sistemas Informativos de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de Chile.

totalizante que hace tan peligrosa la acción soviética, utilizan la desinformación como arma política.

En segundo lugar, entonces, quisiera establecer que el problema central de la desinformación no es solamente quien la utiliza, sino su modo propio de acción que es antiético.

Y éste es el núcleo del problema. Se puede hablar de atentado a la ética justamente porque se está utilizando algo, torciéndole su sentido originario y propio. Ya Gorgias, en el diálogo de Platón del mismo nombre, refiriéndose a la retórica, homologable hoy a la información, hacía ver las dos caras que ella presenta: "Es el mayor bien en verdad, y causa al mismo tiempo de la libertad para los hombres, y causa también del dominio que se puede ejercer sobre los demás hombres y sobre la ciudad en particular".

El problema es, entonces, que la desinformación toma "la forma" de la información. Y en esto consiste su radical y primaria gravedad desde el punto de vista de la ética periodística. No es un simple juego de palabras. La desinformación es antiética, antes que nada, porque "parece" información.

De los ejemplos que utilizó Rafael Valdivieso, podemos deducir claramente cómo la desinformación puede aparentar ser información.

Por eso la relación entre información y desinformación es, en definitiva, el antiguo dilema ético de la distinción entre lo verosímil y lo verdadero. Con una buena técnica se puede lograr mostrar hechos falsos en forma verosímil. Los casos hoy expuestos lo demuestran con claridad. Pero eso no es la verdad. Y si lo dicho no es verdadero se traiciona la meta propia del proceso informativo: proporcionar información.

Parece importante, entonces, definir qué se entiende por información.

Yo creo que la información es esa realidad —propia de las sociedades complejas contemporáneas— que permite al hombre insertarse adecuadamente en su núcleo social y ser capaz de tomar las decisiones correctas; decisiones que sólo pueden ser correctas, en cuanto son libres —ya que sólo la libertad nos permite llegar al bien—, y que serán libres, en cuanto sean informadas.

Por esta razón, la información es, contemporáneamente, un derecho del público; y en cuanto a tal será un deber del periodista procurársela. Con estos dos elementos —derecho y deber— se configura la información como un acto de justicia, en las palabras de la definición clásica de "dar a cada uno lo suyo". En este acto "lo suyo" es la información debida; el "cada uno" es cada persona que conforma lo que llamamos el público; y el "dar" es labor propia de los periodistas.

No es posible ahondar acá en el complejo tema de qué es exactamente la información debida, "lo suyo"; y aunque ello determina la necesidad imperiosa de una enseñanza específica que prepare a los profesionales de la información, no es este, tampoco, el momento de detallar en qué debe consistir ésta, ni el cómo se legitiman aquellos que tienen a su cargo el "dar", es decir, los periodistas.

El tema de hoy es la dimensión ética de la desinformación. Coincido plenamente con lo que señalaba ayer María Fraguas de Pablo, en el sentido de que es un absurdo hablar de la ética de la desinformación: la desinformación es en sí antiética justamente porque es sólo verosímil y no verdadera. Y es por eso que provoca el conflicto entre los pueblos, al que

alude Rafael Valdivieso, porque la paz sólo se logra a través del entendimiento, para el cual la verdad es un requisito.

Por eso corresponde intentar ahondar, además, en el porqué los numerosos ejemplos que ha expuesto Rafael Valdivieso han llegado impunemente a los diarios, la radio y la televisión. Qué características tenían esos mensajes —no quiero llamarlos noticias, puesto que no lo son— que sortearon todos los controles de calidad profesionales.

Quisiera señalar algunas pistas que pueden aclarar esta realidad.

Una primera apunta a las características del mensaje.

La desinformación se “cuela” en las salas de redacción y en las mentes del público acrítico, porque usa elementos propios de la información, sólo que con una “intención” diferente.

Por ejemplo, la omisión intencionada es una exigencia típicamente periodística a la que se suele denominar “selección de la información”. La selección es una herramienta periodística eficaz por la cual permanentemente se descartan datos, fechas, nombres y, a veces, hechos completos en razón de no tener éstos la necesaria relevancia informativa. La omisión y la ocultación así descritas derivan del sentido mismo de lo informativo; y de la constatación de que no toda la realidad es noticiable, ni todo lo noticiable es susceptible de transformarse en información por la limitación permanente que tiene el periodismo de un tiempo y un espacio dados.

En ese tiempo y espacio predeterminados el periodista deberá entregar todo aquello que es relevante informativamente hablando sin otra intencionalidad que informar.

La desinformación, en cambio, lleva adelante la misma técnica, sólo que no aplica al decidir qué omitir el criterio descrito de la relevancia noticiosa de la realidad, sino el de los intereses políticos, ideológicos, la primacía de un poder por sobre otro, etc.

Una desviación semejante sucede con otras tantas técnicas utilizadas, áreas como la recolección del material informativo y la producción de la noticia misma. El manejo y selección de fuentes y la atribución de éstas, el uso de las cifras y documentos, el destacar un hecho por sobre otro, el uso del contraste, la emoción, el estilo, etc., son utilizados no para informar más adecuadamente sobre la realidad, sino para esconderla, hacerla difusa, o para inventar una realidad que tiene como único objeto movilizar al público hacia una determinada postura.

Más. Algo tan neutro como las unidades de redacción —párrafo, crónica, entrevista, reportaje, columna— se utilizan no en función de lograr una mayor claridad en la exposición o facilitar la lectura del público, sino con una finalidad torcida: confundir, omitir, o —por el contrario— destacar algo inexistente.

Aún más. Los géneros periodísticos —informativo, interpretativo y opinión— se utilizan no como lo exige la información, de acuerdo a las expectativas del lector o como lo ordena el mismo hecho noticioso, sino nuevamente utilizándolos para que —cito palabras de Rafael Valdivieso— los acontecimientos, reales o no, lleguen confundidos al destinatario, emparejándose todo: causas, consignas, actitudes, circunstancias, para satisfacción de quién o quiénes orquestaron el conjunto, en favor de sus particulares propósitos.

Parece necesario añadir que mientras en el área soviética se lleva a cabo esta acción de una manera sistemática y guiada por intereses ideológicos, la desinformación es también una realidad occidental. Vale la pena recordar la fuerte denuncia de Solzhenitsyn en este sentido; como bajo una aparente libertad y pluralismo nuestra prensa deja fuera todo tema que no está de moda. Es fácil constatar cómo en los medios hay ciertos hechos que no aparecen o son mencionados tan eufemísticamente —“interrupción voluntaria del embarazo” en lugar de aborto— que uno cree estar conociendo una realidad positiva en lugar de una negativa.

La desinformación no es sólo una realidad producida allá; es también, de alguna manera, una realidad producida aquí.

Lo dicho se refiere al panorama que se presenta en el sistema informativo cuando la desinformación entra a la prensa, porque “parece” noticia y asume las características externas de ésta.

Es más grave, sin embargo, el proceso cuando logra penetrar las mentes de los periodistas y del público. Más grave, porque el daño es mayor. Pasa del atentado contra la verdad informativa al atentado contra la libertad humana.

Desde esta perspectiva, la pregunta central es ¿por qué parecen creer las personas —y en ellas englobo tanto a los profesionales como al público en general— con tanta facilidad la desinformación?

Hannah Arendt, en su libro “Crisis de la República” —que trata fundamentalmente de la desinformación como arma política al interior de las democracias occidentales—, postula que un hombre antes de actuar utiliza su imaginación; necesita pensar que las cosas podrían ser diferentes de lo que son. Agrega que la capacidad de mentir y la capacidad de acción se hallan interconectadas. Deben su existencia a la misma fuente: la imaginación. Así, sin la libertad mental para negar o afirmar la posibilidad de una acción, no es posible acción alguna.

Y la cuestión radica en que la falsedad deliberada suele versar sobre hechos contingentes. Que aunque no son realidad, *podrían serlo*. Y es aquí donde reside la facilidad que tiene el que miente, y lo tentadora que resulta la mentira. Pueden no entrar en conflicto con la razón, porque las cosas podrían haber sido como el mentiroso asegura que son.

Y en esto consiste lo realmente inmoral de la desinformación. En que sus mentiras resultan a veces mucho más plausibles, mucho más atractivas a la razón que la realidad, dado que el que miente tiene la ventaja de conocer de antemano lo que su audiencia desea o espera oír. Ha preparado su relato para el consumo público con el cuidado de hacerlo verosímil, mientras que la realidad tiene la desconcertante costumbre de enfrentarnos con lo inesperado, con aquello para lo cual no estamos preparados.

Creo, sin embargo, que la fuerza de la verdad es tan atractiva para las personas que la desinformación en el largo plazo no logra triunfar. Produce a veces fenómenos anexos que no son positivos, pero que tienen una relativamente fácil corrección.

Ayer se hablaba de crear una capacidad crítica en el público (también en los periodistas, añadiría yo). Esto es positivo. Pero tiene el peligro de pasar de una sana crítica a una situación de sospecha permanente; realidad que ya es parcialmente vigente hoy y que es la causante de esas altas cifras que muestran las investigaciones sobre la falta de credibilidad en los medios. La

otra posibilidad es una apatía. La verdad aparece tan ardua de conseguir que nadie se da el trabajo. En ambos casos ha triunfado el escepticismo.

Aquí radica el atentado que produce la desinformación en el hombre. Le impide que ejerza su capacidad de pensar e imaginar el futuro con libertad.

Y esto apunta a una realidad que tiene efectos sociales graves. Porque el sistema informativo está íntimamente conectado con el resto de los sistemas sociales en los cuales está inserto y es sobre éstos que incidirá la desinformación.

Veamos muy someramente el efecto sobre el sistema político.

Lo primero que habría que afirmar es que la información —desde el punto de vista político— hace realidad la participación. Más estrictamente, es requisito e impulso de la participación, dirá el profesor Desantes: “La información es requisito y es impulso para que el hombre individualmente considerado adopte decisiones políticas que, al ser políticas, adquieran un valor comunitario: es componente y acicate de la participación. Puede afirmarse, por tanto, que informar es ayudar a participar a los demás; que informar es promover la participación; que la información, tanto activa como pasivamente considerada, es ya un modo de participación”.

Participar exige, por tanto, estar informado. ¿Qué puede haber entonces más grave, desde un puro punto de vista político, que la desinformación? El ciudadano desinformado pierde la posibilidad de participar; más aún: pierde la libertad de hacerlo.

Y sin libertad, se le arrebatara el futuro: éste ya no le pertenece. En palabras de Llano, el futuro es el patrimonio de la libertad. Ser libre es *ponerse a hacer* lo que se prefiere. Por eso defender con buenas razones la libertad del hombre contribuye a asegurar el futuro. A asegurarle a cada hombre su propio futuro.

Y en este sentido no habría que mirar la libertad como peligrosa.

Información, participación, libertad y futuro están íntimamente relacionadas. La desinformación impide el futuro, nos estanca en un eterno presente, rompe el curso vital y, por tanto, establece la crisis con carácter de permanencia.